

853

A.

PQ 4683

A3

A48

V.2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
ES PROPIEDAD. 1885.  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



EL REVERSO DE LA MEDALLA



11.—OB. DE AMICIS.

I

## EL REVERSO DE LA MEDALLA

(INTERMEDIOS.)



E leído tus primeros capítulos: no estamos de acuerdo. Tendré un alma baja... (Un gran escritor ha dicho que el no ser inclinado á la amistad, es signo de alma baja.)

Yo no comprendo la amistad, sino como una asociación para reír.

Cualquier otra cosa que se busque fuera de un recreo momentáneo del espíritu, el cual tampoco se encuentra más que rarísimamente, es una ilusión pueril.

La amistad, como vosotros la entendeis, quiere, en uno al ménos de los dos amigos, un grado de perfeccion moral que el hombre no consigue jamás y solamente el orgullo nos hace creer ó fingir creer posibles.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA US...  
"ALFONSO"  
Apdo. 1626 MONTANREY, MEXICO

Yo sostengo que una gran parte de nuestros males procedé de creer en la posibilidad de la amistad; de no tener siempre por ciertísimo que cada cual de aquellos que llamamos amigos, no es otra cosa que una persona que no tiene interés inmediato en perjudicarnos, pero que nos perjudicará sin la menor duda cuando esto le reporte algun beneficio; ó un hombre en el cual, la ventaja ó el placer que puede obtener de nuestra compañía es momentáneamente más fuerte que la natural aversion que le inspiramos.

Mi palabra es la de Aristóteles:

—¡Oh, amigos míos! No seamos amigos.

No; yo juraría que Orestes y Píldes se despellejaban mutuamente.

¿Apostamos algo á que hacemos decir en una hora, á cualquiera que sea, de modo expreso ó tácito, alguna cosa atrocemente injuriosa para su amigo más íntimo?

Tengo por firme que en la vida de dos amigos, aunque estrechísimos, son más los momentos en que se detestan y se harían daño, si pudieran, que los momentos en que se quieren bien. Considero como un teorema de razon que nadie encuentra más que disgusto de la ventaja ajena, cuando esta no le promete utilidad alguna.

Creo que un hombre sea tanto más feliz cuanto ménos necesidad tiene, por índole ó por estado, de lo que suele llamarse amistad.

Por esto el diálogo *De la amistad* de Ciceron me parece una tirada interminable indigna de un filósofo; y creo que aquel escéptico de Montaigne engaña al mundo cuando se muestra apasionado por su amigo predilecto "predestinado por el cielo."

Un astrónomo poeta ha imaginado, yo no sé en qué planeta de la constelacion del Cisne, una raza de hombres vegetales arrancados de la tierra; pues bien, aquellas pobres criaturas me han parecido siempre los seres más infelices del universo sideral, por la sola razon de que no pueden huir de sus propios amigos.

Dirás que ennegrezco la cosa. Pero esto no quiere decir que sea falso.

Tú habrás sido afortunado. Yo no puedo hacer mía, siquiera la modesta sentencia de aquel antiguo:

—¡Felices quienes han encontrado en su vida, al ménos, la sombra de un amigo!

Yo siempre me he encontrado solo. De los que se han llamado amigos, jamás ha recibido otra cosa que disgustos.

De muchacho, me robaban los cuadernos y los

compases; de joven, las amantes, y de hombre maduro, las últimas ilusiones que me quedaban acerca de la naturaleza humana.

Jamás he tenido una fortuna en el mundo, á la cual haya podido juntar la satisfaccion de ver sobre la maldita faz de uno solo de ellos una expresion de complacencia, y jamás me ha caido encima una desgracia, que no se me haya hecho más dolorosa al ver una mitad de mis *amigos* indiferentes y la otra mitad satisfecha.

Estoy cierto como de la luz del día, que si una desgracia me echase al suelo mañana, todos me volverían la espalda y que aquellos que se vieran obligados á ayudarme, me cobrarían ódio.

He hecho juramento solemne de no pedir nada á ninguno, en ningun caso, porque cualquier dolor que deba padecer en mi soledad, me parecería más tolerable que la odiosa cara que me harían los amigos á los cuales pidiera socorro.

Me observarás que, no obstante esto, yo frecuento los *amigos*; lo cual quiere decir que no puedo hacer otra cosa. Así como no puedo prescindir del periódico y del café. Soy hombre; tengo necesidad de hablar y de oír hablar; práctico los *amigos* para aprender el difícil arte de guardarme.

Pero me *uno* con ellos; no me *combino*. Y si algu-

nas veces me alegran, no los aprecio por esto, como no amo á los profesores de una orquesta porque me hayan divertido con un buen trozo de ópera bufa.

En nuestro comercio, no tiene nada que hacer aquella grosera trompa esprimida que se llama corazón y que vosotros mentais con acento dramático con el aire de sacar á colacion una gran cosa.

Yo no ódio á los hombres, porque tengo conciencia de no valer más que los otros y veo con buenos ojos que no me hagan á mí más daño que el que entre ellos se hacen á sí mismos.

Odio aquella su estúpida manía de considerar como un afecto y de hinchar de poesía, el instinto que les impele á asociarse para combatir el enfado y para dar gusto al amor propio.

Los hombres que se llaman *amigos*, me producen el efecto de los periodistas adversarios que se llaman compañeros. Esta ilusion de la amistad, lo echa á perder todo.

No siento nada semejante, á lo que se quiere decir con aquella palabra, sino durante aquel breve período, en el que, la nueva persona conocida, no se atribuye y no me dá todavía el nombre de amigo, y ni uno ni otro lo desea, ni piensa en ello.

Apénas establecida la amistad, salen al campo los derechos, los deberes, la hipocresía, los desengaños

y los disgustos. El propósito estúpido de querer ser amigos es lo que hace nacer en nosotros mil picardías y mil defectos.

Para vivir lo ménos mal que se pueda, no hay más que un camino: sea cualquiera la persona que se nos presente, hacer el propósito de tenerla lo más léjos posible y cambiar los propios pensamientos con tenazas.

Toda otra manera de juzgar y de querer á los *amigos*, para mí, no procede de otra cosa que de un pueril deseo de ser felices á toda costa.

Se puede—lo concedo—á fuerza de excusar, de perdonar, de mirar las cosas por un solo lado, de restringir todos los días las propias pretensiones, de contentarse con un placer por cada diez amarguras, de engañar á los otros y á uno mismo, y de adiestrarse de mil modos, conservar hasta cierto punto, la ilusion de tener amigos.

Pero es un trabajo ímprobo para el cual no tengo valor para arriesgarme, ni cualidades para salir airoso. Me parece como la diversion del niño que hace comedias con los muñecos para sí solo. Se necesita una fuerza de imaginacion que me falta, un furor de divertirse que no tengo y una paciencia enteramente contraria á mi naturaleza.

Despues de todo esto, comprenderas que tendré

mucho que decir sobre tus retratos de amigos—de los que conozco los originales—y sobre tus placeres de la amistad.

Por no citar otra cosa, te observaré que has presentado casi todos tus personajes de perfil, de modo que escondan sus facciones más repugnantes y particularmente aquellos defectos, que en mi concepto, hacen imposible la amistad. Me permitiré volverte cualquiera del otro lado.

Tu amigo *domador*, por ejemplo, será un hombre rigurosamente lógico, pero es tambien un terrible avaro que no daría una peseta al salvador de su madre.

¡Qué quieres! Para mí un hombre que lee los periódicos de la mañana en los puestos de los vendedores, pasando las hojas con el puño del baston y que si le pides un cigarro, fija en tí, ántes de dártelo, una mirada felina y acompaña despues con los ojos las espirales del humo, sin hablar durante una hora, no puede ser un amigo.

Yo he roto para siempre con él, durante nuestro viaje á Suiza, despues de una suciedad que me hizo en la fonda, porque limpiaba el cepillo de los cabellos sobre mis pantalones de paño. ¡Ese pordio-sero que invita á comer á los amigos y pone en la mesa tres tordos para nueve personas!

También has olvidado citar esto, en medio de los otros placeres de la amistad.

Pues bien; el día en que me vea acosado por el hambre, haré con él el experimento que aconseja Sócrates: iré á pedirle veinte duros con un sollozo comprimido, en presencia de veinte personas, pero solamente para procurarme el placer de ver lívida y descompuesta su cara, como la de un condenado á muerte al primer aspecto del patíbulo.

Tomas por un caballero de buena fé á un "violento."

No contesto. Pero no digiste todos sus defectos. Hé aquí otro "placer de la amistad".

Un amigo que te se echa encima de repente como una apoplejía, en el sosiego del retiro, sienta sus reales en tu casa durante una semana, cambia la colocacion de los muebles, apesta la estancia con el cigarro. Hace trabajar como esclavos á los criados, atiza la estufa con tus diplomas académicos, ordena las comidas á su manera, regaña á tus chiquillos, critica tu sistema de educacion, discute acalorado y gozoso como en la mesa de un café, dá palmaditas en las espaldas de tu mujer, amigablemente, como sobre la grupa de un potro, hace la corte á la señora de la vecindad, como un cadete, comprometiéndote con su marido, persigue al aya

por los corredores á la una de la mañana, y después se vá de mal humor por haber descuidado sus negocios durante siete días, dejándote en casa un par de zapatos viejos que tendrás que mandárselos por el correo y el encargo de mandarle las cartas y periódicos, lo que te dará que hacer durante una semana.

Hiciste gustoso el retrato del amigo "conciliador;" pero callaste el defecto, ó mejor, la enfermedad horrible que le devora y que le hace insoportable: el creerse un admirable compositor de novelas, y querer á todo trance que los amigos lo celebren en este sentido.

Modesto y sensato en todo lo demás, es insufrible en este orden de ideas.

Es uno de aquellos apasionados *dilettanti* del arte, que los hay en las letras como en la música, á los cuales, un conjunto inexplicable de circunstancias y de accidentes favorables, tiene oculta, desde la infancia hasta su más avanzada edad, la inmensidad de su propia incapacidad.

Hé aquí un problema psicológico, interesante de resolver al que estudia la amistad.

Sería caridad, lealtad, por un lado, el decir al amigo:—"Eres un bruto; deja de importunarme, y de hacer que se rían de tí;"—y de otra parte, repugna quitarle bruscamente aquella ilusion que

le tiene tan contento de sí, y de aquí que esté siempre amable y generoso.

Pero, ¿es justo, despues, que por no irritar su bondad, deba yo condenar la mía al suplicio y esté obligado á mentir vilmente toda la vida y parecer más estúpido de lo que soy, por mantenerlo en la ilusion de ser ménos bruto de lo que es?

He olvidado tambien poner esta situacion entre los otros "placeres de la amistad."

A otro, al amigo "diplomático" lo presenté tambien favorablemente; pero te he callado y no he querido decir de él este importantísimo particular: que es embustero como un ladron.

Es el Lelio de Goldoni, sin ingénio; el engaño que hace éste con un soneto de Florindo, lo haría aquél con el poema de Ariosto. No diría una verdad, aunque supiese que en ello vá la salvacion de la pátria. Miente, niega haber mentido, sostiene no haber negado, y despues vuelve á negar, para volver á desmentir la negacion. Nos quiere hacer tragar bolas como si tuviéramos un estómago de hierro.

Y hace nacer entre los amigos tales complicaciones de errores, forma tales enredos de engaños, que tenemos todos que trabajar de continuo para desenredarlos, y tras de esto, disensiones, y las

discordias que se producen en el círculo tienen origen en su malvada boca; y casi no tiene culpa de ello: no puede decir la verdad, porque no la piensa; quiero decir, que la verdad y la mentira giran siempre dentro de su cerebro, con tal rapidez, que se confunden y no puede ya distinguir la una de la otra.

Pero es una cosa que revuelve el estómago, para los demás; y tú debes contar tambien este suplicio entre los placeres de la amistad tener que tragar, por respeto á los otros, un original de aquella especie, al cual sería más agradable poderle decir alguna vez en su cara que es la mentira y la impudencia, encarnada y corrompida.

Tengo que volver á hablar tambien del "sabio distraído." A tí te gusta; á mí, donde él está, me parece que no se puede respirar.

El querría convertir el círculo de los amigos en una aula de estudiantes ó un "Ateneo." Para mí un docto que hace gala fuera de lugar y sin oportunidad de su doctrina, es un estúpido.

El hombre de mundo, como ha dicho uno que lo entendía, no debe llevar, en sociedad, el distintivo de ninguna profesion; y mucho ménos, añado, arrojar sobre los amigos los materiales de su almacen. El "especialista" que abusa de la cortesía de los amigos

por acumular sentencias y exponer disertaciones en la cuales sabe que no puede ser contradicho ni juzgado, es como un extranjero bellaco que aprovecha tu ignorancia para decirte en su propia lengua impertinencias que tú no sospechas y que hacen reir á tus espaldas á otras personas que las comprenden.

Te aseguro que cada vez que abre la boca con aquella sonrisa de catedrático y comienza á escupir su ciencia, me dan ganas de apabullarle el sombrero.

Y lo comprende. No me saluda ya, desde una cierta noche, en la que despues de haberle vuelto á la boca por cuatro veces seguidas, una cita de pedante interesado que quería soltar á toda costa, viendo que volvía á empezar por quinta vez, escapé de pronto con la excusa de un dolor de estómago, por no oir el final de la frase. Las indigestiones forzadas de ciencia cruda; hé aquí otro placer de la amistad que me olvidaba celebrarte.

Otro de los condimentados con salsa dulce es el "amigo camaleon." Tú te engañas increíblemente acerca de él, alma mía. Tú no has visto en él sino "el grande hombre." Pero debes saber que en cada amigo hay tres hombres; aquel que se juzga á primera vista, otro que está detrás de este y que se balancea como un oso, de modo que unas veces se muestra y otras se esconde, haciéndote alternativamente, des-

decir y recomponer el primer juicio, y un tercero, detrás del segundo, inmóvil, pero lejano y por eso no visible sino á los ojos perspicaces, el cual es el hombre verdadero.

Pues bien, el tercer hombre es el amigo de que te hablo; yo lo creo el más frio, el más duro, el más malvadamente egoista de los hombres.

No tengo pruebas de ello; pero estoy seguro como de la fecha del año. No veo en sus ojos de cristal, bajo la sonrisa cortés, la ferocidad de un hombre sin conciencia, que te pondría los piés sobre la garganta en ocasiones, por ganarse un palmo de tierra.

Siento frio en la médula de los huesos estando á su lado. Bajo su capa de honradez se oculta el gérmen de un delincuente.

Sin quererlo, cuando estoy en su compañía, y pasan cerca los guardias de órden público, busco con la mirada su mirada, y remiro todas sus conversaciones, como si tuviese el presentimiento secreto de tenerlas que repetir un día delante de un juez de instruccion.

Pero porque comprende que yo lo comprendo, él es tan cortés conmigo, que no hay manera alguna de romper con él, y estoy obligado á fingir que tengo estimacion por él, bien que cada vez que le alargo la



mano, me viene la idea de arrestarlo. Y este es también un placer delicado de la amistad, que has hecho mal en no decantar con los otros.

Has embellecido también "el amigo de varias caras." Sus comezones, no sé por qué, me producen un dolor sordo en la sien izquierda. Pero ¿cómo aun- que hablando de él, has dejado de citar entre los placeres de la amistad aquel que te procura el que te pide prestado los libros? Dejamos pasar que él tendría necesidad de estar un mes en una cuba de agua de sosa y que su entrada en la casa de un amigo es lo que sería la asomada de un toro en una tienda de quincalla, porque en un cuarto de hora te muda una estufa de un puntapié, te moja una silla con el paraguas, arroja al suelo un album con el codo y destroza la silla en que abandona su cuerpo. Pero no se puede tener amistad con un hombre que se hace prestar libros y periódicos de los amigos, desde un extremo á otro de la ciudad, que se ha hecho una biblioteca á expensas de todos que restituye los libros, cuando no se acuerde uno de ellos, incópletos, averiados, con las frases salientes subrayadas con sus uñas de gavilán y con los márgenes señalados por sus dedos de carbonero; vándalo sucio sin educación, que á cada entrada que hace en mi casa, estoy tentado de ponerle la cuenta de daños y perjuicios.

Ha dicho bien un bibliófilo famoso que después de la polilla, el animal más nocivo para los libros, es el amigo del propietario.

¿Y tú crees posible tener una biblioteca y creer en la amistad? Me parece que sería como poseer tierras y creer todavía en aquella sencillez idílica de los campesinos, en la cual creían los señores franceses antes de la revolución.

Has dado una pincelada de color de rosa al amigo "reducido á mejor condición por el matrimonio."

Yo le daría una pincelada de alguna otra cosa en los ojos.

Otro placer de la amistad: el amigo celoso de su mujer.

Lo es de una manera miserable y vituperable.

Si te ha tocado la calamidad de ir á comer á su casa, habreis visto cómo toda su alma está debajo de la mesa, entre los pies de la señora y la punta de tus botas, y cómo á cada mirada que cambiais con ella, tiembla de que aquello pueda ser un comentario de los ojos al secreto diálogo de los pies. Habrás visto, en el gabinete, cómo te espía fingiendo leer el periódico; cómo se vale del reflejo de los espejos, para tener ó la vista todos tus movimientos; cómo mide la duración de tus

apretones de manos, cómo se le nubla el semblante, cómo dá vueltas alrededor tuyo, cómo te prueba, cómo te fatiga con aquella mirada incansable de eunuco imbécil y feroz, es cosa de preguntarle de pronto si te tiene en el número de los hombres civilizados ó si te supone un salvaje furioso, augurándole al mismo tiempo que le crecerá sobre la cabeza toda la armazon córnea de un armamento de toro. ¿Te parece que podrá ser un amigo un hombre embrutecido hasta aquel signo del sétimo sacramento?

Has puesto tambien un poco de poesía sobre el amigo caído en la abyeccion.

¿Te parece bien hacer por él el oficio de regenerador?

Pero debes saber que se adhiere mejor que una abarca de montañés. Es un tirador formidable, el Guillermo Tell de los billetes de cinco. Nos ha sellado á todos cien veces. Tiene un arte infernal. Esgrime sus peticiones en medio de una conversacion alegre y confidencial, que no despierta la más lejana sóspecha; bruscamente, sin una palabra de prólogo, de modo que no te deja tiempo ni aun para bosquejar la más fácil de aquellas tres ó cuatro frases artificiales, que todos tienen en reserva para dar dignidad á la negativa, en cierta-

ocasiones. "Se tira á fondo" con una rapidez que hace imposible la parada.

Y tú has olvidado, precisamente, entre los placeres de la amistad, este dulce consuelo: dar treinta pesetas á un amigo "desgraciado;" el cual te dice con voz apagada que está en ayunas desde hace veinticuatro horas, y la noche del mismo dia, desde el paraiso del teatro de la Opera donde tú estás de pié, apretado y sofocado, verlo á él, derecho en una butaca, con aquella cara sonrosada y tranquila, bajo la cual se lee toda la lista de una comida de buen gusto, desde las ostras de Venecia hasta la última copa de licor de los Benedictinos.

Y tambien se tiene el placer de encontrar á la puerta de nuestra propia casa el coche que te ha dejado el amigo despues de cuatro horas de servicio, dando tu tarjeta al cochero; y dar de dormir á otro "desgraciado" calavera, el cual se vá á la mañana siguiente, llevándose por distraccion la palmatoria, el jabon y un par de zapatillas bordadas.

¿Y por qué no has señalado otros cien pequeños defectos odiosos que hacen á los amigos insoportables? Aquella ridiculez del amigo "mefistofélico," por ejemplo, que ha pronunciado muy bien la rr

hasta 1865, y que ha resultado herido de pronto cuando han hecho conde á su tío? Y el maldito vicio del "amigo honorario" que á cada conclusion de período, discurriendo, te dá con la mano un golpe de córte sobre el brazo, con la regularidad de un autómatá, hasta el punto de dejarte un cardenal, despues de media hora de conversacion? ¿Y la grosera costumbre del amigo "narcótico" de poner siempre por delante de la cara de los amigos, discutiendo, el puño del baston que tiene la costumbre de tener en la boca todo el dia? ¿Y el "realista de la amistad" que todas las noches, desde las ocho en adelante, fastidia al prójimo con sus ternezas de veinte céntimos la copa? ¿Y el "bribon amable" que abusa de tu amistad para hacerse presentar á toda Italia? ¿Y aquel otro del amigo *alter ego*, el cual, porque está enfermo y porque te llama su amigo con aquella voz de garrucha de pozo, se cree con derechos de estomagarte á cada paso con la historia de sus cataplasmas y de sus porquerías, pidiendo recetas de medicinas, mientras tendría necesidad de preceptos de galanteo?

Vé, pues, que entre nosotros dos, por lo que se refiere á la amistad, hay un abismo. Tú vives de ella, y yo si estuviera obligado á necesitarla para vivir, reventaría. Tú evocas continuamente las imá-

genes de los amigos lejanos, yo trato de olvidarlos, y no hay cosa más desagradable para mí que el ver presentármese por delante de pronto uno á quien creía haber olvidado para siempre.

Cada vez que me sale al encuentro un amigo, me preparo á recibir un disgusto. Cada vez que uno de ellos me hace una demostracion afectuosa, busco en seguida con inquietud, qué mal puede haberme hecho sin yo saberlo, del cual él sienta remordimiento, ó qué inoportunidad podrá meditar inferirme en la primera ocasion.

La dureza de las maneras, en los amigos, me impulsan inmediatamente á la revancha brutal, y su cortesia me deja en el ánimo un sentimiento molesto, semejante á aquello que se experimenta en el paladar cuando se ha tomado un jarabe.

Considero afortunados los días que puedo pasar enteros sin sentir necesidad de la compañía de un amigo.

Estimo el hacer un viaje con uno de ellos como hacer una marcha forzada con los zapatos cortos. No convido á comer á los amigos, porque el estar junto á ellos en la mesa, representa para mí una intimidad de pensamientos y de sentimientos que no existe entre nosotros, y el estar sin ella, me parece una profanacion de la mesa de familia.

No hago depositario á ningun amigo de mis afectos ni de mis secretos, porque entre aquellos cajeros de la amistad á los cuales he confiado alguna cosa en el curso de mi vida, se han ido todos llevándose hasta los libros.

En suma, no creo en los amigos. Deseo su bien no obstante; no porque lo merezcan, sino porque comprendo que habrá siempre menos daño que temer de la gente contenta, que de la gente descontenta de sus hechos.

Pero el concepto que tengo de la amistad y de ellos, es inmutable, y se puede expresar en el acróstico de sus nombres.

*Amici* (amigos), ó sea: A, *Astio* (odio); M, *Maledicenza* (maledicencia); I, *Invidia* (envidia); C, *Cabala* (farsa); I, *Ipocrisia* (hipocresia).

Añado una sola cosa para ser franco, y es que no te excluyo de la familia de los amigos que he descrito.

Salud.

Gracias.



## CÓMO NACEN LAS AMISTADES

